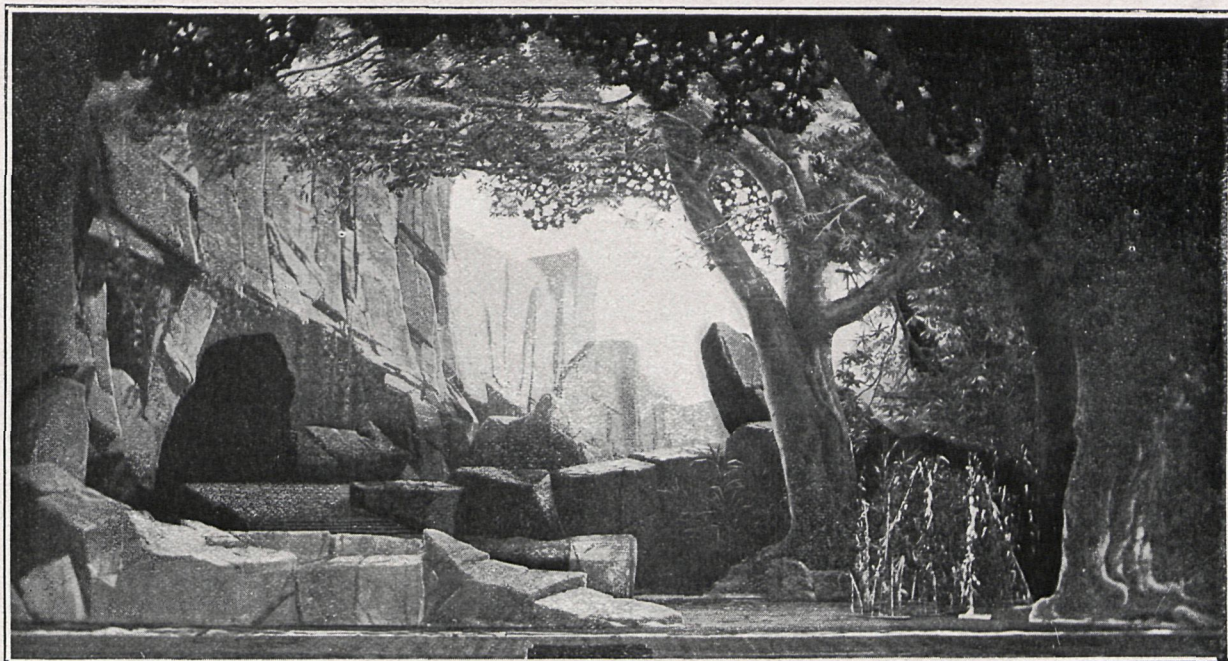




SRTA. CONCHA DALHANDER EN LA ÓPERA «LOHENGRIN»

FOTOGRAFIA AMADOR



DECORACIÓN DEL ACTO II

travesura azuza para que ataque á Mime. Viéndole acurrucado tras del hogar y loco de terror por la presencia de la fiera, Siegfried da suelta al oso, que huye al campo, á cambio de que el nibelungo le entregue la espada que le prometió para su vuelta. Mas para nada le sirve la que hemos visto acabar: la hace pedazos contra el yunque, increpa la torpeza del obrero y se sienta furioso en un rincón.

Por su alma atraviesan incertidumbres acerca de su pasado. Detesta al enano; su andar encorvado y vacilante, sus gestos y su mirada le son odiosos. Y, sin embargo, nunca se resigna á abandonarle. Los animales en el bosque viven con sus hembras y entre los dos alimentan á sus cachorros. ¿Es él de peor condición? ¿Por qué no tiene madre?

Aturden á Mime las espontáneas indagaciones de este nuevo Segismundo, que no se satisfacen con embustes urdidas para salir del paso. Cuando en el colmo del apuro, inventa pasar por madre y padre al mismo tiempo, Siegfried le ataja, exclamando altivo:

—¡Mientes, miserable! Los hijos se parecen á los padres. En el espejo de las fuentes he visto reflejados los árboles y las bestias, el sol y las nubes. Contemplé en ellos mi propia



ACTO II. — EL DRAGÓN

imágen, muy diversa de la tuya. Tanto me diferencio de tí como el brillante pez del asqueroso sapo. Quiero que me digas quiénes fueron mis padres.

No le valen á Mime evasivas ni subterfugios. Como Siegfried acaba por echarle mano al cuello y amenazarle de muerte, dice la verdad y le descubre el secreto de su nacimiento, la historia de los welsas, la odisea de Sieglinda y su muerte al darle á luz. Todo ello narrado en el tono quejumbroso de su canción anterior.

Pero Siegfried conoce con quién trata y exige una prueba material de la veracidad del relato. Unicamente cuando Mime le muestra los pedazos de la espada de su padre, se convence, y sale de la gruta radiante de felicidad, entonando un canto triunfal, heroico y fiero.

Queda Mime maldiciendo de su sino y del mandato de Siegfried, tarea—dice—muy superior al martillo y á las fuerzas de un enano, cuando de repente advierte la presencia de un extraño personaje.

De continente sombrío, solemne y misterioso, viste amplísima capa azul oscuro; á guisa de bastón empuña una lanza, y su sombrero de anchas alas encubre parte del rostro, terminado por una venerable y luenga barba gris. Es Wotan, bajo una nueva encarnación: la del Viajero.

Toda la escena siguiente hállase casi textualmente reproducida de los Eddas, y viene á ser como un desafío de penetración y adivinación entre los dos interlocutores.

Siegfried está de vuelta.

Mime, para escapar del compromiso presen-



ACTO III.—*Erda*, SRTA. DALHANDER

te y del peligro futuro, intenta introducir en el espíritu del joven la noción del temor, y le habla de los ruidos misteriosos de la selva en las noches del invierno y de un dragón monstruoso á cuya madriguera nadie puede acercarse sin morir.

—Condúceme frente al dragón—responde el héroe.—Ya deseo saber qué cosa es el miedo. Y ahora á lo principal; si tú, chapucero y holgazán, no sabes soldar la espada, trae acá los pedazos: me convertiré yo mismo en herrero.

Y diciendo y haciendo, dispone la herramienta, amontona carbón en el hornillo, lima las desigualdades de los fragmentos, los introduce en un crisol, y aviva el fuego, manejando el fuelle con impetuosa violencia.

Al terminar de forjar la espada, de un solo formidable tajo destroza el yunque. Mime cae pesadamente en tierra, más aterrado que nunca, y por la orquesta cruza con la rapidez del huracán una ráfaga sonora del tema de la *Espada*.

La escena del segundo acto representa el confín más enmarañado y salvaje de un espesísimo bosque, en el que los accidentes del terreno, las zarzas y los arbustos, disimulan en el fondo la entrada de una negra caverna. El lugar es extraordinariamente sombrío, dominando, hasta en los menores detalles, una tonalidad verde oscura. Únicamente, en primer término, se filtra la luz á través del ramaje de un corpulento tilo, en rayos sutiles pero muy luminosos. Al levantarse el telón es de noche.

En la profunda obscuridad apenas se distingue la presencia de un nuevo personaje, que espera impaciente la llegada de Siegfried y su lucha con el dragón. Es Alberich, el que fué rey de los Nibelungos, y á quien Wotan, aconsejado por Loge, arrebató su poder y el anillo.

Un encuentro de Alberich y el Viajero, en el que se desborda la malquerencia que se profesan, expresada por Alberich con violencia salvaje y por Wotan con la tranquilidad plácida del que—según él mismo dice—no viene á intervenir sino á observar, prepara



ACTO III.—EL DESAFÍO. *El Viajero*, SR. LA PUMA;
Siegfried, SR. VACCARI

El Viajero, SR. LA PUMA

la entrada en escena de Mime, conduciendo á Siegfried al sitio donde debe aprender lo que es miedo.

El monte comienza á iluminarse con los primeros destellos de la aurora, y la sinfonía con los temas radiantes del héroe.

Siegfried queda solo. Mientras sale el sol y llega el momento, se recuesta en la hierba. Con la claridad rosada del amanecer, la naturaleza despierta; todo renace. Pájaros, insectos, flores y hojarasca saludan al nuevo día entonando el himno cotidiano. Sugestionado por el medio y por la hora, en este momento crítico de su vida, perdida la vista en el verde mar del follaje sin fin, y el oído en los vagos é inmensos murmullos de la selva, profunda melancolía invade su espíritu, y sueña despierto. Sueña en su infortunada madre, que no conoció, y en un deseo sin nombre, delicioso y enervante: el deseo de la compañera, de la mujer, la aspiración al amor.

Entre los murmullos de la naturaleza, cada vez más perceptibles, se destaca el canto de un pajarillo á quien Siegfried desearía contestar en su lindo idioma de trinos y gorjeos. Corta una caña y la convierte en caramillo. Pero el instrumento sólo emite notas desagradables y chillonas.

—No te puedo imitar,—dice dirigiéndose al pájaro—pero atiende cómo canto yo, escucha mis melodías campestres. Reclamé siempre con ellas agradables compañías, y nunca me atraje más que osos y lobos. Probemos hoy fortuna. A ver si por fin encuentro algún amigo.

Y con su bocina de plata lanza al viento su tema característico, que adquiere aquí, entonado por la trompa sin ningún acompañamiento, su verdadera y definitiva forma y es repetido en sus miembros de frase por los ecos del monte.

Al toque de la bocina despierta el dragón. Asoma por entre los matorrales de la cueva, y exhalando un estentóreo rugido, pregunta con voz de trueno:



El Viajero, SR. LA PUMA

—¿Quién vá?

El combate transcurre rapidísimo: en un centenar de compases, que no duran cinco minutos, y durante los cuales va la orquesta comentando todas las peripecias de la lucha. En el metal, particularmente, se establece un verdadero duelo á muerte entre los temas de Siegfried y los del Dragón, expuestos y conducidos con tal robustez, tal energía y con un dominio tan absoluto de la dinámica instrumental, que no parecen trazados por la misma mano que acaba de escribir las delicadezas y ternuras de la escena precedente.

Queda Siegfried dueño del campo. Al retirar la espada del cuerpo sin vida de Fafner, tiñesele la mano de sangre é instintivamente la lleva á la boca. Y el pajarillo que antes le sedujo con su suave cantar, le habla ahora un lenguaje conocido.

—A Siegfried pertenece ya—canta el ave—el tesoro del nibelungo, que el Dragón guardaba en su gruta. Con el yelmo alcanzará los favores del amor; con el anillo dominará el mundo.

Y mientras el joven, atento á estos consejos, va en busca de los talismanes, otra joya de la partitura viene á impedir soluciones de continuidad en esta serie de maravillas poéticas.

Los dos hermanos nibelungos se disputan el botín en una escena breve, corta, febril, verdadero *scherzo* vocal, animado por los diseños irregulares del acompañamiento, cuya sonoridad, en lo grave, parece expresar la bajeza de sus almas, y que sólo dura lo que Siegfried tarda en salir con el anillo y el casco. A su vista, desaparecen Mime y Alberich.

La voz del pájaro vuelve á dejarse oír.

—Que Siegfried no se fie de Mime—dice.—Si oye atento sus palabras, conocerá sus propósitos.

Se acerca efectivamente el nibelungo en actitud humilde y cariñosa, mas las palabras corresponden á sus pensamientos torpes y á sus traidores proyectos. El gesto es apropiado á lo que quiere y cree decir, pero la frase no expresa más que lo que siente, descubriendo todas las interioridades de su conciencia.

Con tono zalamero y actitud rastrera, acaba por decir:

—Bebe de este agua fresca que te traigo. Narcotizado ya, pronto perderás el sentido; fácil me será cortarte la cabeza con esa misma espada que forjaste, y robarte después el deseado anillo. Bebe, bebe y muere.

Al escuchar asombrado estas infamias y cediendo de improviso á un movimiento de indignación, Siegfried tiende muerto de un solo golpe al enano, arroja su cadáver en la gruta, arrastra el cuerpo del Dragón hasta



Mime, SR. PINI-CORSI

lio poético-musical que se llama el segundo acto de *Siegfried*.

Desde los primeros compases del tercero, la tonalidad dramática se transforma.

Cerca de la roca de las walkyrias, en un lugar montañoso tan abrupto y tan árido como aquél, se abre una cripta natural, abismo insondable de la diosa Erda. Como escena de gran importancia, Wagner la trató con singular cariño, y supo hacer de ella una página conmovedora y elocuente. Realmente, aquí termina el poder divino y el reinado de Wotan.

De la evocación de Erda, deriva naturalmente la escena inmediata. Wotan se opone al paso de Siegfried, para intentar la última prueba de su soberanía, y ensayar por sí mismo—como observa con gran penetración Chavarrí—la heroicidad del hijo de Sieglinda, sucumbiendo, si ese es su destino, con la entereza de un poder que no se rinde. Primero con consejos, con imperiosos mandatos después, pretende detener al que corre en busca de Brunilda; y cuando, auxiliándose con un gesto soberano, extiende el venablo y cierra el camino, el ace-

tapar la entrada, y exclama:
—¡Goza ahí dentro del tesoro, maldito hipócrita; este buen guardián te lo protegerá de ladrones!.

Dirigiéndose al pájaro que revolotea en las ramas del tilo, le interroga de esta manera:

—¡Alegre pajarillo! Ya que te debo dos buenos consejos, ¿quieres completar tu obra buscándome un amigo, un compañero que me redima de esta desesperante soledad?

—Sé de una hermosa mujer—responde la voz desde lo alto—que reposa en una montaña rodeada de fuego. Si atraviesas las llamas y despiertas á Brunilda, será tuya.

—¡Qué enagenación me produce tu voz divina!

—Es que canto el amor.

—Y dime, ¿podré salvar ese mar de fuego?

—Sí, porque eso únicamente puede intentarlo el que no sepa lo que es miedo. Sígueme y amarás.

—Enséñame el camino. Vuela... Te sigo.

Y obediente al vuelo del ave, corre en la dirección que ésta le indica, mientras la orquesta sigue acariciando hasta que cae el telón (y aún algo después, como resistiéndose á abandonarlo), el ritmo inefable de los murmullos de la selva, con el que se pone la palabra «fin» á este inenarrable idio-

ro de Nothung vuelve á brillar en manos de Siegfried, óyense de nuevo, entonados con varonil fiereza, los declamados líricos del héroe, y la lanza sagrada, el emblema de la grandeza y de la divinidad rueda por el suelo hecha pedazos. Un trueno espantoso conmueve el cielo y la tierra. Wotan va á sucumbir, y ante la inminencia de su *ocaso* exclama con resignación épica: «¡Sigue tu camino! ¡No puedo detenerte!»

Llegamos al punto culminante de la vida heroica de Siegfried, á la escena más interesante de la trilogía de *Los Nibelungos*, á uno de esos hallazgos del genio que por la acción del tiempo se convierten en monumentos y que sintetizan una época de apogeo en el arte.

Libre ya Siegfried del importuno desconocido, se oculta en seguida á nuestra vista, tras de una densa cortina de nubes, llamas y humareda. El curso de la acción no se detiene por ello un solo momento durante la mutación escénica, porque la orquesta acompaña á Siegfried, trepando por las rocas, atravesando la muralla de fuego y ganando, por fin, la cumbre de la montaña donde yace Brunilda. Y cuando, por fin, las nieblas se han roto y las llamas se extinguen, la misma escena del tercer acto de *La Walkyria* se reconstituye bajo un cielo puro y luminoso. Siegfried contempla absorto el agreste lugar y los horizontes que desde el mismo se descubren. Errando su mirada por la cumbre, viene de pronto á fijarse en Brunilda, armada de punta en blanco y durmiendo el sueño del castigo, en la misma actitud en que la abandonó Wotan al final de *La Walkyria*. El que todo lo ignora y nada teme, cree hallarse ante el cadáver de un guerrero. Levanta el escudo, que le oculta á medias, y observa que, aunque con dificultad, respira. Le desembaraza entonces del casco, y va cortando con cuidadosa precaución y una por una, las anillas que ciñen su coraza. Y al caer ésta y dejar en descubierto los encantos femeninos de la virgen de Walhalla, Siegfried, temblando, en el paroxismo de la emoción, junta sus labios con los de la walkyria en un beso largo, apasionado, abrasador. Brunilda abre los ojos y lenta y solemnemente se incorpora.

Su grito walkyrico de voluptuoso abandono: «¡Ah, Siegfried, tuya, tuya para siempre!» significa á un tiempo la apoteosis de un amor que ha de conducirla hasta el sacrificio, y el holocausto de toda su existencia pasada.

Este es el *Siegfried*. He aquí á grandes rasgos y prosáicamente referido cuanto se ve y se oye en la segunda parte de *El anillo del Nibelungo*. No falta quien prefiere el

Siegfried á todas las demás obras wagnerianas. Cuestión de gustos y de temperamentos que nada resuelven.

En primera ó segunda línea, manifestación suprema ó simplemente individual del drama lírico, lo que importa es que el *Siegfried*, parece ser la realización de un ensueño de Goethe.

Sí, el autor del *Fausto* adivinó al autor de *Lohengrin*. Porque toda su vida aspiró á un ideal estético de la más alta significación, á una acción común de la poesía, de la pintura, de la música y del arte teatral.

Cuando todos estos elementos—decía en tono profético—puedan concurrir á un mismo destino y encontrarse reunidos en un mismo espectáculo, de su cooperación resultará un género artístico al que ningún otro podrá compararse.—F. BORRELL.

A continuación reproducimos una escena del acto I:

SIGFREDO.—ACTO PRIMERO

MIME Y EL VIAJERO

VIAJERO.—Salud, sabio forjador! Al huésped que llega fatigado por una larga jornada, concédele un sitio en tu hogar.

MIME.—¿Quién puede venir á hablarme en la salvaje floresta, en el fondo de estos bosques solitarios?

VIAJ.—El mundo me llama *el Viajero*... He viajado mucho; he recorrido grandes distancias, y aún sigo andando...

MIME.—Pues continúa tu camino sin reposar, puesto que el mundo te llama *el Viajero*...

VIAJ.—A título de huésped he sido siempre bien acogido en los hogares de los buenos, y más de una vez me han hecho valiosos presentes... Has de saber que la mala fortuna amenaza siempre á los malos huéspedes...

MIME.—La desdicha, el infortunio han habitado siempre en mi casa... ¿Te propones acaso aumentar mi miseria?...

VIAJ.—Yo he investigado la razón de muchas cosas y conozco grandes secretos... A algunos les ha sido revelada su fortuna por mí; á más de uno he proporcionado el único remedio para mitigar las torturas y angustias en que se consumía su alma...

MIME.—Tú habrás investigado mucho, sabrás mucho también, pero yo no necesito investigadres ni espías... ¡Quiero estar solo, completamente solo...! Libres son los habladores de irse á otra pa.te...

VIAJ.—Alguno que se creía sabio ignoraba la única cosa que le hubiera sido útil saber, y yo le he obligado á que me interrogase, y con mis respuestas he aclarado sus dudas... Esta ha sido su recompensa.

MIME.—Bien, pues ya basta de alardes de ciencia inoportuna... La mía es suficiente... Mi instinto me basta y no deseo más... ¡Buen viaje!



Sigfredo, SR. VACCARI



ACTO III.—DECORACIÓN DEL CUADRO PRIMERO

VIAJ.—Nó... Aquí me quedo: sentado en el hogar. Y puesto que de ciencia has hablado, apostemos... ¡Empeño, en la apuesta, mi cabeza! Mi cabeza te pertenecerá, tú la habrás ganado si, después de interrogarme, no aprendes de mis labios todo lo que te conviene saber...

MIME.—(Aparte). ¿Cómo des- embarazarme de él?.. Hagámosle preguntas capciosas. (Alto). Acepto la apuesta... Tu cabeza á cambio de mi hospitalidad... ¡Veamos cómo la salvas! Te haré tres preguntas á mi gusto...

VIAJ.—Y á las tres deberé contestar.

MIME.—Has viajado mucho, has recorrido el universo entero... Pues bien, dime: ¿qué seres habitan en las profundidades de la Tierra?

VIAJ.—En las profundidades de la Tierra pululan los *Nibelungos*... Su país es Nibelheim... En otro tiempo gobernábalos Alberich como dueño y señor... Gracias al poder irresistible de un anillo mágico, supo sujetar á esta industriosa raza; se hizo acumular por ella todo un tesoro de inmensas riquezas, y soñaba con someter al Mundo... ¿Cuál es tu segunda pregunta, gnomo?

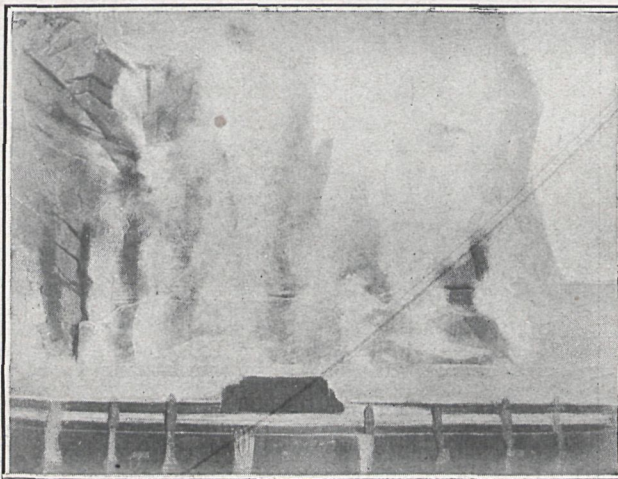
MIME.—Conoces mucho, Viajero, las profundidades de la Tierra... Ahora, dime: ¿qué raza pesa sobre la superficie de la Tierra?

VIAJ.—Sobre la superficie de la Tierra pesa la raza de los *Gigantes*... Su país es Riensenheim... Eran príncipes de estos atletas Fasolt y Fafner y, envidiosos del poder del Nibelungo, conquistaron su enorme tesoro, y con el tesoro el anillo, cuya posesión los separó... Lucharon... Fasolt sucumbió... Metamorfosea-

do en salvaje Dragón, Fafner guarda ahora el tesoro... Pasemos á la tercera pregunta.

MIME.—No ignoras, Viajero, lo que ocurre en la superficie de la Tierra... Dime: en las cimas nebulosas del firmamento ¿qué seres habitan?

VIAJ.—En las cimas nebulosas los Dioses habitan la Walhalla... Wotan reina sobre ellos... Con una rama del Sagrado Fresno del mundo se ha hecho una lanza: el tronco se seca, pero el arma permanece invulnerable... Gracias á su pujanza, Wotan gobierna el Universo... Los principios de lealtad, los pactos divinos grabados están en el asta de la lanza que, manejada por la mano de Wotan, da el imperio absoluto del Mundo al que la esgrime... El subyugó á los *Nibelungos*; él impuso á los *Gigantes* sus leyes: todos obedecen al pujante Señor de la lanza... Ahora, dime, sabio gnomo, ¿he estado á la altura de tus preguntas? Responde: ¿he librado mi cabeza?

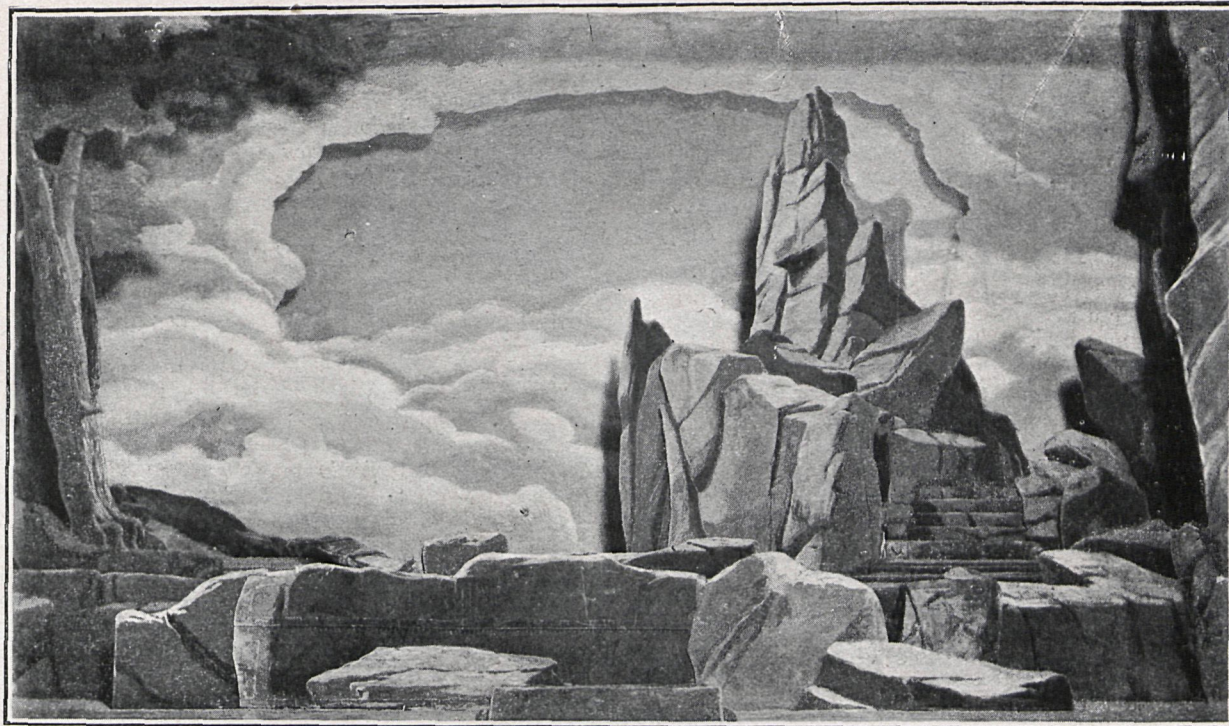


ACTO III.—EFECTO DE LA MUTACIÓN A LA VISTA

MIME.—Lo has hecho perfectamente, Viajero... Puedes seguir tu camino.

VIAJ.—No... ¿Sobre qué debías interrogarme? Sobre lo que te importa saber... ¿Qué garantía te ofrecí? Mi cabeza... Pues á mi vez apuesto ahora la tuya á que ignoras lo que te sería útil conocer... ¡Túno me has acogido como se acoge á un huésped, pues, para poder gozar de tu hospitalidad, he tenido que poner mi cabeza entre tus manos!... Imitando tu conducta, tu cabeza me pertenecerá ahora si no respondes á tres preguntas que yo he de hacerte... ¡Valor, pues, Mime, valor!

MIME.—Hace mucho tiempo que huí del suelo na-



ACTO III.—DECORACIÓN DEL CUADRO PRIMERO

tal: hace mucho tiempo también que abandoné el seno maternal... Desde que el relámpago de la mirada de Wotan brilla para mí hasta en las profundidades de esta caverna, en su presencia toda mi ciencia desfallece... Pero si puede serme útil ahora ser sabio, interrógame, Viajero, y puesto que estoy obligado á ello, quizá tenga la suerte de librar mi pobre cabeza de gnomo.

VIAJ.—Bien, leal gnomo, dime: ¿cuál es la raza á la que Wotan parece perseguir cruel, á pesar de amarla más que á todo en el mundo?

MIME.—De las razas de los héroes, sé muy poco, pero á tu pregunta puedo responder... La raza engendrada por Wotan, obra de su deseo, y á la cual, á pesar de la ternura que por ella siento, parece perseguir, es la de los Walsungos... De Welsa nacieron dos gemelos: Segismundo y Sieglinda que tuvieron un hijo, Sigfredo, el más fuerte de los Walsungos... ¿He librado mi cabeza con la respuesta dada á tu primera pregunta. Viajero?

VIAJ.—¡Con qué precisión me has nombrado la raza! ¡Ciertamente has resuelto bien la primera pregunta! Pásemos, gnomo, á la segunda. Sobre Sigfredo



Brunilda, SRTA. CARRERA; Sigfredo, SR. VACCARI

vela un sabio nibelungo que cuenta con hacerle matar á Fafner para hacerse dueño del tesoro, apoderándose del anillo.. Dime ahora, ¿cuál es la espada que, blandida por Sigfredo, puede servirle para dar muerte á Fafner?

MIME.— *Nothunga* es el nombre de la invulnerable espada.. En el tronco de un fresno Wotan la hundió: la espada pertenecería al que la arrancase de allí.. Los héroes más fuertes lo intentaron inútilmente: solo pudo conseguirlo el intrépido Segismundo que combatió con ella hasta que la lanza de Wotan la hizo saltar en pedazos... Ahora un sabio forjador guarda cuidadosamente los restos del acero porque sabe que la espada de Wotan blandida por el valiente Sigfredo es solamente la que puede dar muerte al Dragón... ¿Habré salvado, por segunda vez, mi cabeza de gnomo?

VIAJ.—¡Eres el más sutil de los sabios...! Pero si eres lo bastante sagaz para querer explotar en provecho de tus empresas de gnomo el valor del heroico niño, ¡tén cuidado con la tercera pregunta!... Oye y dime, sabio armero: ¿quién podrá resucitar la espada *Nothunga* uniendo sus restos?

MIME.—¿Unir sus restos? ¿La espada?... ¡Oh, desdicha! ¿Qué hacer? ¿Qué contestar?... ¡Maldito acero!... ¿por qué te conservé?... ..